

## LA AZUCENA DE QUITO

LA NUEVA SANTA MARIANA DE JESUS DE PAREDES, FLOR DE AMERICA: GRACIA DE JUVENTUD FECUNDA E IDEALIZADA

La América de exuberancias ubérrimas, pródiga en casta de héroes, acaba de tener una nueva confirmación, solemne e infalible, de que es también tierra rica en exuberancias de santidad celestial y heroica.

Aún exultan sus pueblos con el regocijo del acontecimiento y se suceden en el turno para celebrarlo con sus mejores galas. El 9 de julio del pasado Año Santo, la decisión infalible de Pío XII, incluía en el catálogo de los Santos a Santa Mariana de Jesús de Paredes, apellidada por la voz intuitiva del pueblo, —profeta y poeta—, “La Azucena de Quito”, “La Santa”.

Tal acontecimiento católico y bolivariano, —nos atreveríamos a llamarlo así, por tratarse de una gloria de una porción de la Patria Grande bolivariana—, no puede pasar inadvertido para la conciencia católica de Venezuela. Por eso reclamaba el marco de un comentario y la semblanza histórica, siquiera esquemática y condensada, del perfil de su vida santa, en una Revista venezolana de orientación.

En esta hora del mundo, en que se respira una atmósfera cargada de sensualidad lujuriente y hedonismo materializado y egoísta, resulta imprescindible para la higiene de la conciencia católica, respirar una atmósfera de espiritualidad concentrada y alta santidad, como lo podríamos hacer construyendo la vida de Santa Mariana de Jesús.

No serán los rasgos de su vida tremenda y austera, para copiarlos en nues-

tros días con identidad de detalles. Pero señalan un sentido y una aspiración en la vida del espíritu. Y en cualquier caso, en su dramatismo despiadado, nos hacen ver los alcances de la gracia y de la Omnipotencia divinas, para sublimar la naturaleza humana y encumbrarla a cimas insospechadas y admirables de sacrificio y heroísmo. Esa gracia y omnipotencia, que esperan la aceptación del mundo moderno, para irradiar en él semejantes efluvios depuradores e inmunizadores sobre el espíritu cristiano.

Y así mismo, el ejemplo de una vida joven que se prodiga a los desvalidos, que se inmola en martirio voluntario como expiación por las enormes prevaricaciones de su siglo, nos señala el signo fecundo y orientador para la juventud despreocupada y vacía de nuestro tiempo. Ejemplo que ojalá fuera capaz de despertar en ésta inquietudes de inmola-ción por el bien de sus semejantes.

Mariana de Jesús de Paredes y Flores nació en Quito el 31 de Octubre de 1618. Murió, en plena juventud a los 26 años de edad, el 26 de Mayo de 1645. Sus padres, el Capitán Don Jerónimo Zenel de Paredes, español, natural de Toledo y Doña Mariana Granobles de Jaramillo, natural de Quito, de la mejor sociedad de esta ciudad.

“¿Para qué naciste, niña, a este mal mundo tan hermosa y bella, porque esa tu hermosura ha de ser para trabajos y desdichas”. Esta fué la exclamación de su hermana mayor Dna. Jerónima, afirman los Procesos de Beatificación, al tomar en sus brazos a la recién nacida

y contemplar la extraordinaria belleza de su rostro y especialmente de sus ojos. ¡Qué lejos de sospechar estaba su buena hermana las fragancias de perfume celestial que iba a exhalar la infancia y juventud de aquella niña encantadora!

Practicó desde la cuna la penitencia. Caso extraño, que lo constatan todos sus biógrafos! Sólo toma el pecho dos veces al día, cada doce horas. El miércoles y viernes una sola vez. Su madre, pensando que podría obedecer a determinadas circunstancias personales suyas, le consigue una nodriza. Pero no se pudo hacer cambiar sus horas a la niña.

Don Jerónimo murió a poco de nacer su hija. Para aliviar su dolor, la viuda se retiró a sus haciendas de Cayambe. Un domingo, al dirigirse a oír misa al pueblo vecino a lomo de bestia y pasar un río crecido, tropieza la cabalgadura y la niña que iba en brazos de su madre cae al río. Al ir a recogerla el mayordomo Hernando Palomeros, cuál no sería su sorpresa al advertir que la niña se sostenía en el aire como por una mano invisible y que las aguas ni siquiera la habían mojado.

Evidentemente que el Señor tenía designios particulares sobre esta inocente criatura. El Espíritu Santo fué su Maestro y guía, porque los juegos de la infancia no tenían ningún atractivo para ella. Sólo le gustaban las prácticas religiosas.

Su madre no tardó en descender también al sepulcro y en dejarle doblemente huérfana. La niña quedó confiada a los cuidados de su hermana mayor Dña. Jerónima, esposa del Capitán Don Cosme de Caso. Dña. Jerónima nada descuidó en la educación de su hermanita. Dotada de gran inteligencia, la joven Mariana aprendía fácilmente todo lo que se le enseñaba.

Sus juegos infantiles consistían en organizar pequeñas procesiones, hacer el Vía-Crucis y rezar el rosario con sus tres sobrinas, aproximadamente de la misma edad que ella. Como vieran una vez en Semana Santa en Quito, la procesión de penitentes, que a la usanza de la época llevaban pesadas cruces, el devoto grupo de chiquillas se ingenió inmediatamente para fabricar cruces parecidas.

Un hecho prodigioso de los varios que se cuentan en los Procesos durante su infancia. Un miércoles santo, las pequeñas penitentes preparaban las cruces para su procesión de penitencia. Ningún

peligro había, al parecer, en el patio retirado de su casa. Mariana ordena a las demás retirarse al instante. Las niñas obedecen y en efecto, cayó en seguida la pared sin lastimarlas. ¿Venganzas del Demonio? Así lo interpretan los testigos de su Proceso en esta ocasión, como en otras en que en forma sorpresiva corrió peligro su existencia.

Ya en esta época de su vida se multiplican las pruebas de su predilección por la penitencia y mortificación. En Sanguanche, hacienda de Don Cosme de Caso, la sorprenden en una ocasión azotándose con crueldad al pie de un árbol. Y así repetidas veces.

Fué en esa misma hacienda, una tarde rendida de cansancio quedó dormida la tierna penitente en el regazo de su hermana. Esta la descubre un cicilio hecho de espinas de la cerca, que le rodea la cintura, espaldo y pecho.

A la edad de siete años, su hermana asombrada por tantos indicios de santidad y descubriendo deslumbres de luces espirituales, la pone en manos del Jesuíta P. Juan Camacho, que durante muchos años sería su Director Espiritual. Queda sorprendido por su inocencia y por su inteligencia de los misterios de la fe, así como de su madurez y adelantos en la vida interior.

Por lo que la admite a esa misma edad, contra la disciplina eclesiástica general entonces vigente, a la recepción de la comunión. Y como excepción de esa misma disciplina, se la permite asimismo comulgar todos los días. Por esta época también, iluminada extraordinariamente por Dios, pronunció el voto de castidad perpetua.

Llega a sus oídos la noticia de los primeros mártires del Japón. Esto le sugiere una idea. Organizar una expedición clandestina con la compañía de sus sobrinas para evangelizar las tierras de Maina, donde hay infieles que desconocen a Cristo, o al menos, verter su sangre por El. La piadosa expedición quedó frustrada al ser descubiertos sus proyectos, cuando todo estaba preparado para la fuga.

Más tarde, —contaba sólo doce años—, diseña otro proyecto audaz. Irá a vivir vida ermitica en las laderas del Pichincha, donde había un Santuario abandonado en que se veneraba una imagen de la Virgen Santísima, erigido en otros tiempos para preservar a la ciudad de Quito del azote de los volcanes. Primero planea ir sola. Poco después con-

quista a sus sobrinas y a Escolástica Sarmiento. También descubiertos sus intentos, quedó sin realización el plan.

Su cuñado y su hermana, un poco preocupados por estos arranques revolucionarios, resuelven llevarla a un convento para probar su vocación. Dos veces se hicieron todos los preparativos y se cursaron invitaciones para trasladarla con gran esplendor al Convento, según se acostumbraba entonces. Primeramente al Instituto de las monjas de Santa Catalina. Más tarde al Monasterio de Santa Clara. Las dos veces circunstancias imprevistas impidieron el proyecto. Dios la llamaba a otra clase de vocación. La quiere santa en medio de la sociedad de su siglo. "Así la que iba a ser Patrona de sus conciudadanos, —afirma el Papa Pío XII en su Bula de Canonización—, vivió en medio de ellos para enseñarles con su ejemplo de qué modo se ha de vivir santamente en el seno del hogar".

Y así, reparte a los pobres todo lo que se preparó para la recepción en el Convento, incluyendo la misma dote.

En su misma casa se le prepara una habitación retirada. Mariana se despidió del mundo y fué encerrada en ella. Quitó de ella todo adorno y no consintió que quedase allí otra cosa que lo que pudiese servir para la piedad y sus maceraciones: un cuadro de la Santísima Trinidad, una imagen de Cristo crucificado, una del divino Niño y otra de la Virgen Madre de Dios. Además tres cruces, una para crucificarse mientras oraba, otra muy pesada para llevarla sobre los hombros al hacer el ejercicio del Vía-Crucis, otra toda sembrada de espinas que le desgarraban al abrazarse con ella. También un ataúd con un esqueleto vestido del hábito de franciscano, una caja de cilicios y disciplinas. Y finalmente la escalera sobre la que se acostaba a dormir.

Renunció asimismo a toda variedad de vestido, y no usó nunca sino un traje negro, que en cierto modo imitaba la sotana que llevan los hijos de San Ignacio. Por amor a la Compañía de Jesús, de quien recibió siempre orientación espiritual y cuya iglesia frecuentó todos los días y por amor al propio Jesús, renunció a sus apellidos llamándose solamente Mariana de Jesús. Para después de su muerte pidió que se la enterrara en esa misma iglesia. Y hoy, después de su canonización gloriosa, a ella se le ha dedicado ese templo y lleva su nombre.

Igualmente hizo cesión espontánea de su herencia y rogó humildemente a las dueñas de casa, primero a su hermana y luego a su sobrina, que le diesen hospedaje como a mendiga.

Por este tiempo, al comienzo de este encerramiento singular, renovó su voto de castidad y pronunció votos privados de pobreza y obediencia. No salía de su retiro sino para acudir a la iglesia. Cerca del medio día regresaba de ella a casa, no para descansar, sino para servir a la mesa como criada y asistir a los mendigos que acudían numerosos a la limosna. La tarde la gastaba íntegra en el trabajo manual, en la lectura de algún libro piadoso, en el rezo de las horas canónicas y en la meditación. Por la noche, tomaba una hora completa de recreo en la intimidad con los suyos. Dándonos ejemplo de cuán puras y auténticas alegrías puede gozar la familia cristiana. Y cuando los demás se entregaban al descanso de la noche, ella se retiraba al silencio de su habitación, donde gastaba la noche entera, excepto unas dos o tres horas, en la oración y en las voluntarias maceraciones de su cuerpo. Dos o tres veces durante la noche, se ensañaba cruelmente contra su cuerpo, surcándolo con disciplinas y azotes de hierro tanto que las paredes quedaban salpicadas con su sangre y el suelo encharcado con ella. Su oración nocturna la hacía siempre de rodillas, pero en los días señalados hacía la por espacio de una hora, pendiente de una cruz, de la que se colgaba atándose las manos y el cabello, hasta llegar a desfallecer.

Maltratada luego su brevísimo sueño con un tormento inusitado, porque usaba como lecho una escalera con escalones agudos, que imprimían sangrientas huellas en su carne, y como almohada, una piedra o un leño.

Pío XII nos subraya la fuente que alimentaba sus energías para una vida tan martirizada:

"En esta manera de vida, que debe tenerse por martirio prolongado, más aún, por martirio de todos los días, perseveró desde los doce hasta los veintiséis años, con una fortaleza y constancia que no pueden menos de atraer la admiración de los hombres. Fortaleza y constancia que sólo el fuego del amor divino podía alimentar, y cuyo secreto está en el empeño que puso la piadosa doncella en merecer por todos los medios posibles los eficaces auxilios de la divina gracia. Así se

explica la invicta paciencia con que triunfó de todos los obstáculos que muchos opusieron a sus comuniones diarias, práctica inusitada en aquel tiempo. Así, el que entregándose toda a la protección de la Bienaventurada Virgen, pudiese ser admitida en su Congregación de Loreto, y tratase de tenerla favorable con toda clase de obsequios como a Madre queridísima. Así el que seis años antes de su muerte, se inscribiese en la tercera orden de San Francisco de Asís, para poder gozar de las innumerables gracias e indulgencias, con las cuales está enriquecido el cordón del Seráfico Padre."

Sus ayunos eran tan extraordinarios que estaría uno tentado de calificarlos de indiscretos, sino se supiera que hay algunas almas extraordinarias a las cuales las guía directamente el Espíritu Santo y que Dios quiere proponerles como ejemplo expresivo a los cristianos cobardes y sensuales que tienen tanta aversión a la penitencia. Desde muy temprana edad Mariana había renunciado a la carne, pescado y lactinios. Se contentaba con pan, legumbres y frutas. Más tarde se limitó a sólo pan que lo tomaba hacia las once y por fin llegó hasta alimentarse solamente con el Pan Eucarístico durante varios días. Un vaso de agua que lo tomaba hacia las nueve de la noche, era toda su comida de tarde. Y por fin terminó por privarse hasta de esto.

Los últimos años de su vida se sometió a los suplicios de la sed, para participar más estrechamente del suplicio de Cristo en la cruz. Y todavía encontró un refinamiento en este suplicio. Acercaba a sus labios sedientos el vaso, para tener la valentía de retirarlo sin probar agua. Por este mismo motivo servía a la mesa todos los días a sus familiares, para ver los alimentos, llevarlos en sus manos y dejarlos después intactos.

Al comienzo de esta abstinencia, como observó que llamaba la atención de la gente por la palidez y lo demacrado de su rostro, pidió a su divino Esposo que atendiera a su salud. Jesús escuchó su ruego y su rostro se revistió de una belleza angelical, tanto que nadie podía suponer el martirio a que sometía su cuerpo.

Esta vida mortificada estaba protegida por una humildad profundísima, acompañada de otras virtudes. Los habitantes de Quito la llamaban "la santa". Lo ignoró por largo tiempo. Pero

un día, al dirigirse a la iglesia, oyó una voz que refiriéndose a ella decía: "Ahí va la Santa". Enrojeció de pena y confusión. Lloró amargamente por el error de sus conciudadanos con respecto a ella. Entonces aumentó sus austeridades para vengarse de la buena opinión que tenían de ella. En adelante cambió el camino para ir a la iglesia. Pero el camino era más largo. Fué necesaria toda la autoridad de su confesor para obligarla a pasar por el mismo camino.

Los pobres eran sus amigos predilectos, como lo fueron de Cristo y de los Santos. Cuando servía a la mesa se le daba a ella la ración correspondiente, pero se apresuraba a distribuirla a los pobres. Para ellos se desprendió de lo poco que tenía. Cuando agotó estos sus pequeños haberes, pidió permiso a su cuñado para tomarlos de la casa. Lo obtuvo y lo aprovechó para sus caridades con largueza.

El Señor, para aumentar los méritos de su fiel sierva la visita con enfermedades corporales. Fué víctima de una hidropesía que la hizo sufrir cruelmente y le dió ocasión de practicar de una manera todavía más dolorosa la abstinencia del agua que se había impuesto.

Se aprovechaba de sus enfermedades para hacerse sacar sangre. Esta operación la llenaba de gozo, porque así se unía más a Cristo que derramó su sangre divina por la salvación del mundo. Se hizo sangrar 150 veces en dos años. Es extraño que un cuerpo tan extenuado tuviera tal abundancia de sangre. Los sirvientes vertían esta sangre en un hueco del jardín. Allí quedaba fresca y roja. Después de la muerte de la Santa, se vió crecer cerca de este hueco un tallo con tres azucenas de una belleza admirable, cuyas raíces se alimentaban de esta misma sangre. Este prodigio fué el que dió motivo a que la llamaran sus contemporáneos "La Azucena de Quito." Con este milagro poético premiaba el Cielo la fragancia exquisita de su pureza virginal. De ella nos asegura su propio testimonio que por especial gracia de Dios, no atinaba ni a imaginar qué cosa fuese la deshonestidad. "Pureza que sacó de la sagrada fuente del bautismo, que en vida patentizó con su pudor angelical y que en su muerte devolvió a Dios sin la más leve mancha".

Consta que fué regalada por Dios con dones extraordinarios, apariciones, suavidad de sus modales. Veíanla coldon de profecía, y otros milagros evidentes.

Estas austeridades sangrientas no se vaya a pensar que la convirtieron en un ser atrabiliario y hosco. Recojamos esta semblanza que de su personalidad hace Pío XII, en la citada Bula.

“...Todos podían admirar a Mariana en la flor de la edad agraciada con toda hermosura, según cuenta su historia, de extraordinario talento, finura y modestia, y amabilísima para todos por la mada de aquellas dotes con las que se ganaba todas las voluntades: afabilidad en el trato, acierto en el juicio, habilidad en las artes femeninas de tejer, coser y bordar, en el canto y en los instrumentos músicos. Cuando tomaba en las manos la vihuela, unas veces complacía a los suyos en el seno de la intimidad, otras buscaba algún lenitivo a los dolores que la aquejaban. También se pudieron ver en ella cuando era menester, otras prendas de mayor monta: prudencia cual no es común en su sexo, entereza varonil, constancia superior a las fuerzas humanas, fortaleza de alma incommovible con la que supo vencer a los demonios, que en vano pretendieron aterrorizarla, y soportaba invicta atroces dolencias del cuerpo y angustias del alma, más acerbas que cualquiera corporal”.

El final de la Santa fué lo que había sido su vida: una expiación por los pecados de sus hermanos. En 1645 una epidemia terrible azotó a Quito y causó un número alarmante de víctimas. Tre-

mendos temblores de tierra vinieron a juntarse a este azote aumentando la consternación, temiendo se repitiera el terremoto que en aquellos días había destruido la ciudad de Ríobamba. El cuarto domingo de Cuaresma, un 25 de Marzo, el confesor de la Santa, P. Alonso de Rojas, un santo sacerdote jesuíta, predicaba en el templo de la Compañía. Lleno de santo celo se siente inspirado a ofrecerse en holocausto a la cólera de Dios y anuncia al auditorio su sacrificio, exhortándolo a aplacar al Cielo airado con dignas obras de penitencia.

Mariana de Jesús, que se encontraba presente, en voz alta que muchos la escucharon, ofreció su vida por la ciudad. Ese mismo día cesaron los temblores y la peste comenzó a disminuir. “En retirándose a su casa la Santa, escribe el mencionado P. Rojas, cayó enferma aquella noche del achaque de que murió”.

Su muerte acaeció el 26 de mayo de 1645. La epidemia que afligía a Quito desapareció al rendir el último aliento la santa víctima. Como ella lo pidiera, fué enterrada en el templo de la Compañía de Jesús.

Tal fué, a grandes rasgos, Santa Mariana de Jesús de Paredes.

¡Bello símbolo de una juventud que se inmola cruentamente por la salvación de su Patria!

FEDERICO MUNIATEGUI, S. J.

## A NUESTROS SUSCRITORES...!

tanto de Caracas como del interior, les rogamos se sirvan remitirnos el abono respectivo de sus suscripciones. Esperamos poner al día estos abonos antes de fin de año.

Pueden remitirnos giro postal o telegráfico, o sobre con Valor Declarado.

Muy agradecidos por esta colaboración.

La Dirección.